

**“El chalet art nouveau” de Francisco Ayala:
carta-homenaje al maestro granadino”**

Héctor Brioso Santos

*Para Gunnar Nilsson,
benetiano de Köln*

Uno de los lugares comunes, no por ello menos cierto, de la crítica y la historiografía literarias sobre la obra creativa de Francisco Ayala (1906) ha sido la capacidad del sociólogo, prosista y crítico granadino para reducir a *universales* narrativos y psicológicos¹ los acontecimientos por él experimentados o imaginados en su larga y brillantísima carrera de escritor desde 1926². Es notoria su aptitud nativa para depurar las pulsiones históricas masivas de toda su (literariamente) nociva dosis de individualismo, vivencia, acontecer humano cotidiano e incluso tragedia familiar en su caso particular³. Su privilegiada visión de nuestra contienda civil de 1936-1939 como hombre próximo al presidente Manuel Azaña y como funcionario del Congreso de los Diputados y su participación directa en el gobierno republicano en Valencia y en el exilio se trasuntan, así, merced a sus dotes de

¹ Cf. Helio Carpintero, prólogo a Francisco Ayala, *Ensayos. Teoría y crítica literaria*, Madrid, Aguilar, 1971, pp. xxvii-xxx; Estelle Irizarry, *Teoría y creación literaria en Francisco Ayala*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 112-113; y, desde luego, cualquiera de las numerosas entrevistas publicadas, por ejemplo, la realizada por Andrés Amorós para el volumen *Francisco Ayala Premio Nacional de las Letras Españolas*, Barcelona, Anthropos-Ministerio de Cultura, 1989, en particular p. 60.

² Nos referimos al artículo juvenil reproducido en el volumen conmemorativo *Francisco Ayala Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, pp. 60-63.

³ Cf. Irizarry, *Op. cit.*, pp. 201-202, sobre la afirmación fundamental de Ayala de que la intimidad es “el primero entre los derechos del hombre”.

narrador universalizante y deductivo y al paso natural y provechoso de los años en su exilio americano, en los cuentos alucinatorios y terribles de *La cabeza del cordero*.

Y, en efecto, a ningún lector mínimamente sagaz ha pasado por alto la conversión, digna de Lovecraft, que hace el genio de Ayala de los fúnebres recuerdos culpables que de la guerra civil guarda un viajante español en Marruecos en una horrible pesadilla digestiva y acusatoria. Pues en ese instante narrativo de *La cabeza del cordero* (1949) sucede precisamente quizás la más memorable síntesis histórica operada por la fina inteligencia literaria del entonces exiliado en Argentina.

Son, así pues, frecuentes en la producción ayaliana estas mudanzas de lo personal y particular en universal y general. Porque para el lector extranjero, por poner un caso, no cabe mejor introducción a la guerra y a la posguerra españolas que esa mencionada mala digestión nocturna de un viejo delator y traidor de la siniestra represión de 1936. Años después, *Muertes de perro* (1958), en distintas modulaciones, ofrecerá una síntesis terrorífica y humorística de una dictadura particular (del peronismo argentino) y de los desgobiernos totalitarios latinoamericanos y universales.

A escala mucho más modesta, un breve relato de *El jardín de las delicias* de Francisco Ayala, obra por la que recibe el Premio de la Crítica en 1972, nos habla de un desconocido palacete en ruinas vecino a la catedral de Salamanca, una “ignorada joya” del arte modernista⁴. ¿Qué misteriosa casa es esta? O, por mejor decir: ¿ha atrapado Ayala un edificio real, una particular vivienda en su retina de narrador de lo universal humano?

Pero vayamos a la primera parte de este misterio ayaliano. El viajero atento observa la instantánea de Ayala que orna la bella edición de *El jardín de las delicias* diseñada por Daniel Gil. Ve en ella a un Ayala veraniego arrimado al muro masivo de la verja de una casa, justo al pie de la gran columna que sostiene la cancela

⁴ El Jardín aparece por vez primera en 1971, con piezas redactadas entre 1941 y la primera fecha, según indica el propio Ayala en su “Advertencia” a su Narrativa completa, Madrid, Alianza, 1993, p. 12. Para el texto del Jardín, seguimos la edición de Madrid, Alianza, 1990 (la cita aparece en p. 165).

exterior. Verja y cancela, oxidadas y maltrechas, ostentan grandes rejas de formas redondas con el dibujo de una flor. Al fondo, tras el breve jardín, puede verse una puerta alta, la entrada de la casa, de formas similares, descrita por Ayala. Podemos adelantar por ahora que si el escritor granadino hubiese descendido hasta la carretera que circunda la ciudad antes del río, acaso hubiese quedado todavía más impresionado por la vista de la construcción. Sin embargo, al acercarse a su entrada menos conocida (y reconocible) entonces y ahora, poco podía averiguar acerca del caserón abandonado, rodeado de edificios viejos menos notables que él, pero más afortunados por aquellos años.

Algún lector familiarizado con la ciudad del Tormes quizás haya intuido de qué casa puede tratarse. Mandado edificar por don Miguel de Lis, un rico industrial salmantino, este chalet de la calle Gibraltar 14 es una vasta residencia con dos fachadas, al corazón de la ciudad (norte) y al río (sur), cuya construcción supervisó el arquitecto Joaquín Vargas a comienzos de nuestro siglo. Hoy la estupenda construcción visitada por nuestro escritor recibe el bello nombre de Casa Lis en boca de los salmantinos y en las guías urbanas de alguna calidad.

Cuando Ayala recorre Salamanca descubre este palacete *art nouveau* en la trasera de la archiconocida catedral y lo muestra ufano en su texto y en la instantánea que lo acompaña eficazmente. Pero ¡ay!- el palacete está en ruinas -corren los años setenta- y falta al menos una década para que las autoridades se fijen en él y lo rehabiliten para una misión acorde con su fina suntuosidad.

En ese entonces, la casa, que había sido habitada por la familia Esperabé durante casi medio siglo, ya ha sido abandonada por la comunidad de religiosos que la ocupara por algún tiempo y parece esperar la piqueta. Ayala transmite entonces al lector su lamento por el estado de la antaño lujosa residencia, no sin ofrecernos también un vistazo certero y aleccionador, un peculiar *finis gloriae mundi* al estilo del fin de siglo:

...Esa puerta hoy tan maltratada que, expoliada de sus herrajes y carcomida, se ofrece a la piedad de nuestra vista... Han arrancado ya las

aldabas, todas las piezas de metal; crece la yerba entre las piezas de la entrada, y sobre el umbral está pudriéndose una zapatilla de niño (p. 165).

En efecto, desde fines de los años setenta, la destrucción del edificio parece inexorable. Las noticias de prensa que el que esto escribe recuerda de los primeros ochenta hablan de que en la casa pernoctan mendigos y golfos que destrozan y roban todo lo que el tiempo no ha aniquilado ya en la casa Lis. En el último momento, la reacción oficial sobreviene y, tras una laboriosa restauración a fines de la década anterior, la fastuosa residencia vuelve a ser admirada y visitada, pues alberga exposiciones de artistas salmantinos. Más recientemente, ha sido consagrada a exhibir la magnífica colección de arte modernista de Manuel Ramos Andrade.

Pero regresemos de nuevo al texto en cuestión. El palacete se concluyó en el mencionado año de 1905, lo que motiva una sentida reflexión ayaliana:

La casa tiene mi misma edad: en lo alto de su frente ostenta la cifra de 1905; y no tanto esa fecha como el estilo del edificio evoca el mundo aquel en que, hace tantísimo tiempo, vi yo la luz primera (p. 164).

Sorprendentemente, el precioso edificio de Lis se ha salvado, a pesar de los fúnebres -y lógicos- presagios del granadino:

Probablemente, ya el año que viene no existirá más mi chalet secreto, y nadie ha de recordar su pasada existencia. Acaso perdure todavía un poco su imagen en aquella fotografía que yo tengo, y en la memoria que tú puedas guardar de esta tarde en que te he llevado a presenciar su final decadencia (p. 165).

Pues bien: al colocarnos frente al desdichado edificio, nueva casa de Usher, Ayala, con cervantina añagaza, vuelve una vez más a encaramos con su magistral



exhibición aleccionadora de lo *particular-universal*, aunque acompañada de una fotografía que individualiza notablemente la realidad contemplada.

¿Qué mejor objeto de reflexión trascendente -porque de ello se trata- que una casa ruinosa, testigo del paso de los años?⁵

Mas ¿cómo se ha introducido la tal casa en uno de sus libros de madurez - espléndida y prolongada madurez de exiliado retornado a su patria-, siendo como es Ayala un escritor voluntariamente alejado de cualquier facilismo realista? En realidad, acaso sea la concisión y el valor de lo universal que habita a veces en algunas imágenes particulares lo que lo mueve a invocar este dilapidado edificio noble en una página de *El jardín de las delicias*.

Oigamos, a este respecto, a don Francisco, que señala que en el *Jardín* "no existe... por lo pronto, el grado de objetivación que es propio de las ficciones 'novelescas', sino, más bien -aun en lo que él contiene de narrativo- la indeleble impregnación de una intensa subjetividad, raíz del lirismo acendrado que algunos críticos han detectado en sus páginas". Y añade, a renglón seguido, que las fotos están en esta obra justificadas, pues son "en verdad parte integral de su composición como objeto artístico"⁶.

Pero no sólo esta obra se torna, en la obra total de un Ayala siempre cambiante, inesperadamente visual; además observamos como nuestro escritor tantas veces homenajeado regresa hacia el universalismo más grave a través de su exacto contrario: el detalle en apariencia nimio, el vistazo a un edificio entonces anónimo (del que se elige su cara menos llamativa, no lo olvidemos), el asomo lúcido a una realidad decadente, oscura y poco grata para el contemplador corriente, asomo que no es sino una ojeada furtiva al mismísimo cansado engranaje de la historia humana,

⁵ Los editores y críticos de la obra de Ayala suelen exornar sus monografías con instantáneas de los distintos domicilios de la familia del escritor: cf. Benicia Reyes Camacho, *Expediente escolar de Francisco Ayala*, Granada, Universidad, 1986, passim, y particularmente las consideraciones de esta estudiosa en p. 12.

⁶ En la citada "Advertencia" a su *Narrativa completa*, p. 13.

entrevisto por Ayala en un callejón salmantino⁷. El tránsito ayaliano desde su personalísimo tradicionalismo novelesco inicial y su magnífico vanguardismo de 1929, hasta este ejercicio contenido de meditación humanística hodierna no puede describirse con otra palabra que asombroso y, desde luego, condigno de su carrera fructífera de escritor y pensador, la más larga que recuerda nuestro siglo: setenta y dos años de eterna juventud creadora.

Una vez más, como en éste y otros libros suyos, el granadino invoca a su modo, con el sobredicho lirismo, una melancolía universal, el rancio asunto del *tempus fugit*, y lo hace por una recóndita senda de su memoria personal, el jardín vacío de un casi perdido chalet de 1905, precisamente un vestigio arquitectónico de los años en que Antonio Machado elegía un viejo olmo podrido con un propósito semejante (en Soria y en 1912, para ser precisos). Por otra ironía de la suerte, el visitante ocasional puede contemplar hoy cómo las crudas ruinas, la desafortunada reconstrucción o el más horrendo esnobismo arquitectónico flanquean el soberbio edificio de Lis, el “chalet secreto” ayaliano. La extraña paradoja, que quizás sea también del gusto de Ayala, es que ha sobrevivido no sólo a la catástrofe de la decadencia física, sino también al delicado vaticinio de uno de los mejores narradores de la posguerra española. Exactamente como aquel olmo “hendido por el rayo / en su mitad podrido”... de los ya lejanos *Campos de Castilla* (1907-1917).

⁷ Cf., por ejemplo, su “Introducción” a *El escritor y su imagen*, Madrid, Guadarrama, 1975, pp. 7-8.